

## **Una Fundación que desaparece**

### **El adiós a una Fundación**

El cierre de la Fundación Andes en diciembre próximo aparece como una tragedia, sin embargo el énfasis no debe estar puesto en su desaparición, sino en el aporte al desarrollo artístico y educativo. Desde su creación hace 20 años, ya conocíamos su fecha de caducidad. Sostengo que es una muerte alegre, que por supuesto dejará a más de un artista o institución huérfana. Su vida estuvo llena de éxitos y dichas, lo construido y legado por la Fundación aún es difícil de valorar en su exacta dimensión. Su aporte a la cultura y a la construcción de identidad cultural nacional es infinito. No sólo por la rigurosidad en que fueron llevados a cabo los concursos y la administración de los recursos, sino también por la metodología y la supervisión.

La creación de las distintas áreas, la importancia de la investigación, el aporte excepcional a la infraestructura y conservación del patrimonio, lo visionario del apoyo a las orquestas juveniles, son algunos de los pilares que hicieron en nuestro país de esta Fundación una entidad única y ejemplar. Su partida nos entristece, sin embargo el desafío que nos deja es aún mayor: cómo de toda la experiencia acumulada a lo largo de estos años logramos reacomodar el difícil tejido del ámbito de la cultura.

Todos los artistas están conscientes que ganarse la Fundación Andes en nuestro medio siempre fue difícil, las posibilidades disminuían debido a la enorme demanda. Por ello, obtenerla significaba un premio al esfuerzo, a la originalidad y sobre todo a la seriedad de las propuestas.

Tal vez la innovación más importante introducida por la Fundación Andes tuvo que ver con entender que la construcción artística no se basaba sólo en los procesos creativos individuales de artistas e investigadores, sino también en el apoyo a las instituciones que los albergan, a las estructuras que los reciben y que son finalmente el puente que les permite llegar a su público. En ese esfuerzo se crearon líneas de apoyo a la infraestructura, rescate de patrimonio y equipamiento. Al forzar a estas instituciones a poner una contraparte del

33%, obligaron a las entidades a profesionalizarse, demostrando la imperiosa necesidad de contar con instituciones sólidas con misiones y visiones claras y definidas, abiertas a la reflexión y experimentación.

Si bien el aporte principal era económico, más importante aún fue la supervisión de los evaluadores y de la Fundación, ya no sólo por el mero interés de velar por los recursos invertidos, sino sobre todo por lograr llevar a cabo proyectos muchas veces difíciles, debido a la falta de experiencia y a la poca oxigenación que se produce en el medio de las artes y la cultura.

Lo complejo es saber cómo se llena el vacío que va a dejar la Fundación. Los caminos son tres: el Estado, a través del Fondart, que se ha inspirado en algunas líneas desarrolladas por Andes; el Privado, a través de una reingeniería de sus políticas de Responsabilidad Social Empresarial; o a través de nuevas fundaciones, que puedan contar con recursos tan amplios como los invertidos a lo largo de sus veinte años. Sin duda, la tercera es la menos plausible, ya que encontrar otro Mauricio Hochschild en Chile sería difícil. Por lo tanto, nos queda el Estado y el Privado, junto a la gran cantidad de instituciones y creadores que se vieron beneficiados por las becas Andes y a partir de ello, ver cómo se logra perpetuar el nombre de esta Fundación que dio tanto a cambio de profesionalizar un medio.

Como las instituciones las forman personas es también el momento de hacer un reconocimiento al director del área de cultura de la Fundación, Hernán Rodríguez, quien a lo largo de todos estos años tuvo la delicadeza de recibir y escuchar todos los planteamientos de parte del medio, aconsejando y guiando en más de una ocasión. Muchos de los proyectos que se han realizado a lo largo de todo Chile tienen, tal como existe un sello Bicentenario, el sello Andes. Y eso, sin duda, es su legado más importante.